

Ana Alcolea

Coordinación: Ramón ACÍN

Presentación del libro *Bajo el león de San Marcos* (Zaragoza, 26 de junio de 2009)

Mauricio WIESENTHAL

Querida Ana: Estoy muy feliz de poder presentar hoy esta novela tuya y hacerlo en tu querida tierra de Aragón. No sé si recuerdas que, cuando comenzaste a trabajar en ella, me encontraba enfermo y te escribí:

Espero, cuando nos encontremos de nuevo, no tener que contarte nada de mis penas y celebrar sólo tu triunfo con la historia de Angélica. Vendrás llena del fulgor traslunar de tu novela: luz que conozco de mis paseos nocturnos por Venecia, cuando no tenía otra guía que las lamparillas que arden en una esquina donde hay una pequeña Madonna.

No voy a contarles la trama de esta novela. Me sorprende el empeño de algunos comentaristas que intentan resumir, en pocas palabras, las novelas que presentan. Convierten así en absurdo el oficio y el arte del escritor que necesitó unos cientos de páginas —ni más ni menos— para narrar su historia, tal como debe ser explicada y sentida, en un ritmo meditado y preciso. A ningún músico con sentimiento se le ocurriría resumir una sinfonía, interpretándola en un *tempo rubato*, para que sea más rápida. A veces me acuerdo de mi amiga Sarah Melbourne, cuando le advertí un día que no teníamos más tiempo para bailar, porque nuestro tren estaba a punto de partir. Y me dijo:

—Vamos a bailar solo este tango. Y no te preocupes que lo bailamos muy rapidito.

No sé por qué hay gente que se empeña en resumir una novela o una película. No se puede «reducir» una obra literaria —como no se puede trocear un lienzo—, porque una buena novela está escrita solo para leerla. Incluso para leerla en voz alta.

Esta es una novela para ser leída lentamente; o mejor aún, apoyando los codos sobre una mesa... En los recuerdos de infancia hay siempre una mesa. ¿Te acuerdas, Ana, cuando apoyábamos la cabeza entre los brazos y soñábamos hasta que nos reñían por no hacer nada? Así nació en nosotros la literatura...

A Ana Alcolea la conocí, hace ya algunos años, en las Jornadas Literarias de Albarracín que organizaba nuestro buen amigo Antón Castro. En una de las cenas, tuve la fortuna de estar sentado a su lado. Entonces me di cuenta de que ella buscaba siempre el lado más discreto de la mesa. Hablaba poco de sí misma y le gustaba escu-

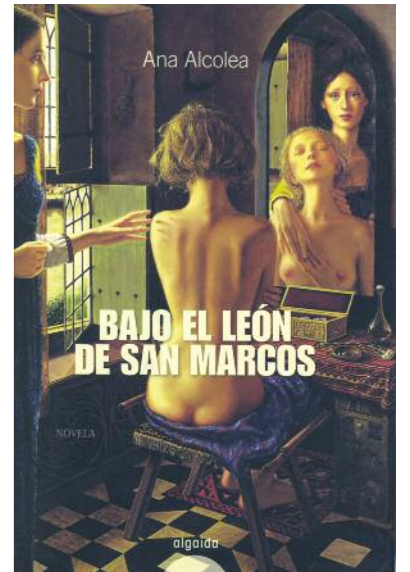
char. Y, al verla tan sencilla y tan dulce, me acordé de Margaret Mitchell y de una historia que le oí contar a André Maurois.

En los libros de Ana se nota que tiene el corazón lleno de la pureza de aprender. Creo que es lo más bello que puede enseñarles a sus alumnos.

La primera novela de Ana Alcolea que leí fue *El retrato de Carlota*, una historia romántica y maravillosa, donde aparecía ya en germen todo el estilo y la personalidad literaria que distinguirían su obra. Me di cuenta de que pertenecía a una rara estirpe literaria que se ha ido perdiendo con la invasión de la crónica y del periodismo en la Literatura. Ya quedan pocos escritores como Ana Alcolea, capaces de devolvernos el mundo mágico y puro de un tiempo en que nos educábamos leyendo libros, cogiendo fresas para las mermeladas de la abuela, escuchando fabulosos cuentos que traían de sus pueblos las muchachas de servicio —cuentos de aparecidos, de misterios, de amores románticos, de iglesias en ruinas— y que, aunque ellas no lo sepan, «sirvieron» también para enseñarnos a escribir. Era un mundo en el que todavía el pueblo le ganaba el pulso literario a la ciudad.

Fui siguiendo luego la gestación de sus otras novelas, en una larga correspondencia con Ana. Recuerdo bien sus cartas desde Noruega cuando escribía su novela *Donde aprenden a volar las gaviotas*. A veces me escribía desde su cabaña, con un ordenador que no tenía algunas letras ni tildes. Y, como yo le contaba mis recuerdos de infancia en Suecia, ella recogía moras árticas para hacerme mermeladas. Las novelas de Ana son como los regalos delicados que hace siempre a sus amigos: libros, agua de rosas, mermeladas de moras árticas, maravillosas arias de ópera...

Ana Alcolea tiene el poder mágico de crear intrigas con mensajes cifrados, llaves misteriosas y cajas escondidas. Maneja ese juego poético de los símbolos como una princesa china: gaviotas que, a veces, parecen aba-



Breve noticia acerca de mi persona



© José Antonio Melendo

No nací dentro de ningún río como Lázaro, el de Tormes. Pero sí nací a la orilla de un canal, el Imperial de Aragón. Por eso me deben de gustar tanto los canales, los ríos, los mares. Y eso que no soy capaz de nadar con la cabeza dentro del agua. Soy más bien torpe en ese tipo de menesteres. De pequeña, me ponía mala, pero mala de verdad, cuando tenía clase de Educación Física. Pero en el final de mi adolescencia sentí la llamada del destino cambiante y me convertí en entrenadora de Gimnasia Rítmica. A eso (que no a eso) me dediqué durante seis años, los mismos en los que estudié Filología Hispánica en Zaragoza, y aprobé las oposiciones para ser profesora allá por 1986. Y claro como *illo tempore* no se quedaba uno en su tierra, pues pasé cuatro años en Teruel, dos en Cantabria y dieciséis en Alcalá de Henares, provincia de Madrid, cuando no había AVE pero sí fumadores en los trenes.

Al principio me dediqué a la investigación, y hasta publiqué un artículo sobre algunas variantes de romances de don Luis de Góngora y Argote. Luego empecé con la didáctica: comentarios de textos, ediciones de obras de teatro (*Anillos para una dama* de Antonio Gala y *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla), de narrativa (*Cuentos de la selva para niños*, de Horacio Quiroga), y algún artículo más sobre el mito de donjuán, que siempre me ha interesado especialmente.

En 2001 vino mi primera novela, *El medallón perdido* (Anaya), en 2003 *El retrato de Carlota* (Anaya), en 2007 *Donde aprenden a volar las gaviotas* (Anaya), en 2009 *Bajo el león de San Marcos*

(Algaida), *El vuelo de las luciérnagas* (San Pablo) y *Cuentos de la abuela Amelia* (Edelvives). Y en 2010 *El bosque de los árboles muertos* (Anaya) y *La sonrisa perdida de Paolo Malatesta* (Oxford). También he publicado cuentos en *21 relatos contra el acoso escolar*, y en *21 relatos por la educación*, ambos en SM. «Las estrellas de Laia» en *Cuentos a la orilla del sueño*, de la Fundación Theodora. Y me acaban de conceder el VIII Premio Anaya en su VIII edición por la novela *La noche más oscura*.

No se me da nada bien escribir narraciones ambientadas ni en mi ciudad, ni en mi barrio, así que casi todas mis novelas ocurren en países más o menos lejanos donde se habla otra lengua, se vive otra naturaleza y otra cultura... Se trata de lugares y de hechos que a mí me han emocionado, y creo que si así ha ocurrido conmigo también les puedo pasar a mis lectores. Nunca escribo algo que no siento, que no vivo, que no me emociona. Además, a mis personajes adolescentes los suelo dejar solos ante el peligro, sin esas mantas protectoras que se llaman padres o lengua materna. Así espabilan. Y disfrutan del descubrimiento de lo ajeno, y de lo propio y escondido. También me gusta mezclar la realidad con la ficción, la vida con la literatura, con el arte, la vigilia con el sueño. Porque, en el fondo, me parece que no hay ninguna diferencia entre una cosa y la otra: no queda más nítido en la memoria lo vivido que lo soñado, lo escrito, lo leído o lo deseado. Son caras de ese prisma que llamamos vida. Y ya se sabe, la naturaleza, o sea la vida, imita al arte, y no al revés. Oscar Wilde tenía más razón que Aristóteles.

nicos; auroras boreales que flamean como fuegos; claves secretas que son llaves; cifras que son fechas misteriosas... Es algo que han perdido muchos escritores modernos que escriben con horribles tics universitarios (puro tecnicismo), sin pensar que la dulzura del cuento es el origen de la literatura. *La réalité ne se forme que dans la mémoire*, dijo Proust... Luego ya vinieron ciertos periodistas norteamericanos que, al colonizar la cultura euro-

pea, transformaron el estilo de nuestras letras en una crónica urgente. Así fue naciendo una prosa moderna y de emergencia, donde faltaban los valores de nuestra tradición. Hay que esperar que la memoria se sedimente, para no hacer una crónica periodística. Y Ana no hace periodismo, sino literatura...

Recuerdo un párrafo de su novela *Donde aprenden a volar las gaviotas*:

Los abedules están perdiendo sus hojas. Pronto reinará el silencio en el bosque: cuando sople el viento no tendrá nada con que rozarse y el sonido será mudo...

Eso es literatura.

Ahora, Ana Alcolea nos ofrece esta nueva obra —*Bajo el león de San Marcos*—, más ambiciosa, más extensa y, también, más intensa... Fui siguiéndola mientras creaba estas páginas, cuando me escribía desde Venecia y Asolo, mientras iba imaginando sus tramas fabulosas; sus vírgenes que entran y salen de los cuadros, como si el mundo fuese un espejo mágico; sus intrigas policíacas y de misterio, sus amores románticos, sus paisajes encantados, sus escenarios literarios (el Café Florian, la isla de Murano, la iglesia de Santa Maria Gloriosa dei Frari, los Museos)...

Para escribir *Bajo el león de San Marcos*, Ana Alcolea ha utilizado un recurso literario muy eficaz, porque le ofrece al lector dos novelas en una o una polifonía de instrumentos y voces, perfectamente armonizada como una ópera. En el centro de esta narración hay un cuadro renacentista pintado por Giovanni Bellini. Y los personajes se mueven en una aventura apasionante dentro de ese cuadro... Pero, fuera de esta pintura antigua, Ana Alcolea ha querido situar un marco moderno: una novela policíaca llena de intriga.

Magníficas las transiciones de capítulos sobre un *Leitmotiv* que repite en el final y en el principio. Magníficos también los tiempos y ritmos de la novela. Y sería mejor decir los «espacios»; porque Ana considera que el tiempo es espacio y, por eso, escribe su novela en dos épocas distintas, pero el lector vive este salto sin darse cuenta, como si pasase de un espacio a otro, de una casa a otra, de un jardín a otro.

Destaco sólo unas líneas para que vean cómo Ana Alcolea convierte magistralmente un «tiempo antiguo» en un «espacio antiguo», de forma que con dos imágenes nos traslada a los años finales del siglo xv.

Cruzaron decenas de canales por las rampas de los puentes. Estaba ya oscuro y sólo se veían las luces de velas y hachones, a través de algunas ventanas. La visión de la ciudad se le seguía resistiendo, primero por la niebla desde tierra firme, ahora por el manto negro de la noche. Afortunadamente, los caballos parecían conocer bien el camino...

El núcleo de esta novela gira en torno a una joven, Angélica, que se convertirá, sin saberlo, en modelo de un pintor. Y ese pintor la retratará desnuda, delante de un espejo. Esta es, por eso, una novela de espejos, donde a veces se pinta un mundo leonardesco y renacentista, visto de derecha a izquierda; al revés. O sea, donde los ricos son pobres y los pobres ricos, donde las mujeres reinan y los hombres sirven, donde el amor sensual es puro y los matrimonios son infieles.

Solo en Venecia podía situarse el escenario de esta maravillosa novela de reflejos. Porque Venecia es una ciudad de espejos, donde uno se mira en los canales y

ve el mundo al revés. Y, a veces, en los días de niebla uno debe andar con cuidado porque no sabe bien dónde acaba el camino de la *fundamenta* y donde comienza el otro mundo, violeta y pálido, de los ángeles.

Pero nadie se engañe, porque esta novela —siempre poética y romántica— es, sin embargo, realista. Ana Alcolea tiene un ingenio especial para mostrarnos en un solo tejido literario los dos niveles de la realidad fantástica: el mundo real y el *surreal*. Así superpone, sobre la trama real, un efecto mágico de color y de relieve, como los más bellos brocados. Por eso en muchas de sus novelas aparece una investigadora que documenta con detalle todo lo que escribe, en una labor que da origen a intrigas y tramas policíacas. Pero, sobre esa historia, ella teje como nadie, escenas de sorpresa y de fantasía, de misterio y de romanticismo.

Esta es una obra más pictórica que musical, pero tiene color y música, sabor y olor. Ana Alcolea conoce bien el funcionamiento literario de nuestra memoria. Basta con una emoción —una música, un sabor, un perfume, una vivencia conmovedora— para que nuestra memoria se descodifique y quede revelada, en un proceso que aparentemente es muy fotográfico, porque a veces se presenta incluso con los colores órficos del negativo. Pero más que memoria fotográfica yo la llamaría pictórica, porque la emotividad —fuerza dionisiaca y dramática por excelencia— añade siempre su genio interpretativo y acabamos *interpretando* la realidad con anteojos y figuraciones, sin reproducirla sumisamente.

A veces se escriben hoy horribles novelas sin realidad y tan sin vida que no tienen olores, ni sabores, ni referencias sensoriales de tejidos y vajillas, de muebles, perfumes, broches y vestidos. Pero *Bajo el león de San Marcos* es una novela de sabores y perfumes (la rosa, la lavanda, el horror del estiércol). Con una habilidad magistral, Ana Alcolea sabe describir un personaje explicando sus gustos. Uno sabe enseguida cuando habla de Ángela, porque aparecen los sabores amargos: chocolate, mermelada de naranja, aperol —el amaro italiano— o el té... Y uno sabe cuándo aparece Angélica, porque le gustan los dulces...

Para dar una idea del primor proustiano con que está escrita esta novela, bastaría recordar que Ana no olvida nunca los pequeños detalles, el olor de los jabones, el color de los tejidos, los manteles, las tazas, las servilletas... Y es que, en esos detalles, está realmente el secreto de la vida. Por eso Alfredo, uno de los personajes, le advierte al camarero que la leche para el té debe estar fría y no caliente. Sin duda conoce ese misterio alquímico para suavizar taninos.

Todo en esta narración está bien urdido y pensado. Hasta los nombres místicos de las dos mujeres que pueden considerarse los personajes centrales y que se llaman Ángela y Angélica: como la hierba que ponen los cartujos en el Chartreuse... La *Angelica archangelica* tiene unas flores de sabor dulce, como los filtros de amor que preparaban los antiguos alquimistas... Quizás por eso se enamora uno de estas dos mujeres tan

diferentes que aparecen en este inmenso cuadro del Renacimiento.

Ana sabe también convertir en personajes a los niños: maravillosos niños que ponen sus deditos sobre las flores de los vestidos, para sentir la vida bordada que es más bella que la vida sin arte. «Los niños—nos advierte también Ángela, la protagonista— dicen a veces cosas demasiado espontáneas y no muy adecuadas».

El estilo literario de Ana es tan rápido para la narración como profundo y poético en ciertos momentos.

La oscuridad y la niebla caminaban solas por la ciudad como si fuesen máscaras de Carnaval.

Gracias, Ana, por este cuadro renacentista, que has rodeado de un marco moderno. Ya sabes cómo me fascinan estas muchachas de tus libros que salen a amar, a sufrir y a llorar fuera de los cuadros y, luego, regresan a la pintura, con las manos en el pecho, otra vez convertidas en Vírgenes.

Hay también símbolos iniciáticos maravillosos, como esa joven Angélica que «quiere aprender a escribir su nombre», porque se da cuenta de que hay una magia en la escritura. Y maravilloso también ese joven Giovanni que se sorprende de haber visto desnuda en el río a una muchacha, antes de «saber su nombre». Ese es el secreto del Bautismo: descubrimos que andábamos desnudos antes de tener un nombre....

En esta historia hay sexo, amor y amistad; todas las formas de la pasión: *eros*, *ágape* y *filía*... Los discípulos de Platón habrían dicho que es todo un Banquete...

Las buenas novelas no se acaban, sino que se van convirtiendo en otras... Cuando uno acaba de leer *Bajo el león de San Marcos*, ya tiene un nuevo mundo en la cabeza. Probablemente, porque es una novela renacentista. Y deja en el alma una luz clara y el ánimo de descubrir. Esta es una novela deliciosa; más pictórica que lírica; repleta de claves intrigantes, pero no sólo como una historia policíaca, sino también enigmas culturales como ocurre en algunas historias italianas de Aldous Huxley.

Cuando se comenta un libro hay que recordar, además del autor, a otras personas que lo han hecho posible. Por eso quiero dar las gracias a los editores, a los correctores, a los encuadernadores y a todos los que han trabajado en estas páginas. Y gracias, también, a los libreros; puesto que solo ellos pueden guiar los pasos de los lectores hasta un buen libro. Un libro tiene que tener su peso y, sin embargo, flotar en las manos. Este libro tiene justo el peso de las sedas que diseñaba Mariano Fortuny en Venecia. Maravillosa esta portada de Dino Valls que me recuerda algunos espacios surrealistas de Paul Delvaux y las películas de su hijo André...

Debería pedir disculpas por no haber sabido reflejar mejor la luz mágica que emite esta novela. Pero las luciérnagas se encienden en la noche para atraerse en un ruego de amor. Una noche, ya lejana, en Rapallo estuve escuchando canciones románticas en una terraza. En el jardín se veía una lucecita verde. Era una luciér-

naga hembra que esperaba a su amante. Él llegó volando y me di cuenta de que los machos no emiten tanta luz. Pero, al cabo de un rato, ella se apagó y él se iluminó. Como los amantes del cuento griego, después de amarse habían intercambiado sus vestidos.

Me gustaría haberme iluminado un poco por dentro al leer esta novela. Y me gustaría que ustedes leyesen a Ana Alcolea y se enamorasen de sus personajes, igual que yo disputaba con mis compañeros de colegio cuando me enamoraba de todas las heroínas de Pushkin.

Esta es una novela de amores; a veces posibles y a veces imposibles. No es un misterio que los hombres vayamos a la muerte, porque ese es el fin de toda materia. Pero es un misterio doloroso que el amor se muera, cuando nace eterno. No han existido jamás dos amantes verdaderos que no se hayan prometido un amor infinito.

Ana Alcolea ha escrito en este libro la historia de los amores que se eternizan en los cuadros, los misterios de las ventanas encendidas, los juegos mágicos de los espejos y los canales de Venecia, la canción de las fuentes que se rompen y de los ángeles que renacen de la muerte. Los personajes de Ana se asoman raramente a la ventana para ver el paisaje. Para ellos son más importantes las ventanas que se miran de fuera adentro, como si se mirase un alma en un contraluz o en un espejo.

También me gusta mirar a través de las ventanas—dice Ángela—. De día no se ve nada. Pero de noche son como cajas de tesoros: puntos de luz, estrellas que guardan esos misterios que son las vidas de cada uno...

A veces, los personajes de esta novela se enamoran mirando el mismo cuadro, en un juego mágico de miradas convergentes. Y así ocurre en la vida que el amor no es nuestro, sino que nos llama desde el lugar eterno donde habita.

Gracias, querida Ana, por este bellissimo libro de iniciación al amor. Lo entenderán mejor que yo los jóvenes que, bajo una piedad de estrellas, se aman con un amor visionario. Y, con la inocencia de estar enamorados, atraviesan la cancela del patio. Es allí donde comienza el otro mundo: el mundo del dolor, violeta y pálido.

Amar es irse de noche sin cuidado
y aprender la cautela
de amor iluminado
de las luciérnagas
que se encienden en ruego de amor callado
y se apagan cuando ni aman ni esperan.
Mejor amarse, desterrados,
en una plaza cualquiera
que en la jaula de un pájaro.
El amor no es nuestro, ni siquiera
cuando amamos:
Amor es hijo de la piedad de estrellas.

Gracias, Ana, por esta novela de misterio que nos deja pensando en las estrellas.